



ARQUIDIÓCESIS
DE QUITO

“VIEJAS PIEDRAS”

MENSAJE DEL ARZOBISPO DE QUITO

En la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores



El próximo domingo 28 de julio se celebrará la IV “Jornada Mundial de los abuelos y de los mayores”, celebración instituida por el Papa Francisco, también él una persona mayor.

Francisco, a lo largo de todo su Pontificado, ha levantado la voz en favor de los abuelos y de las personas mayores. Es una voz profética que nos invita a todos a repensar nuestra actitud en relación a ellos. Para esta Jornada ha escrito un mensaje al que ha titulado: **“En la vejez no me abandones” (Cf. Salmo 71,9).**

“La soledad y el descarte se han vuelto elementos recurrentes en el contexto en el que estamos inmersos”. Esta realidad que él denuncia tiene múltiples raíces. Me ha sorprendido, y por ello quiero relacionarlo con el tema de nuestro Congreso Eucarístico Internacional, que el Santo Padre afirme que **“Estamos perdiendo cada vez más “el sabor de la fraternidad” (Carta enc. Fraterlli tutti 33) e incluso nos cuesta imaginar algo diferente”.**



El abandono a los abuelos y ancianos es una **“nueva herida”** que debemos sanar. Hay que construir la Fraternidad que nace de la Eucaristía, como único camino posible para **“Sanar las heridas del mundo”**.

El mensaje para esta Jornada parte de una afirmación clave: **“Dios nunca abandona a sus hijos. Ni siquiera cuando la edad avanza y las fuerzas flaquean, cuando aparecen las canas y el estatus social decae, cuando la vida se vuelve menos productiva y corre el peligro de parecernos inútil”**. Es que Dios no se fija en las apariencias y elige a aquellos que para muchos resultan irrelevantes y hasta inútiles.

Luego utiliza las **“piedras”** para hacer una comparación que resulta muy clara: **“No descarta ninguna piedra, al contrario, las más “viejas” son la base segura sobre las que se pueden apoyar las piedras “nuevas” para construir todas juntas el edificio espiritual”**.

Nos debe cuestionar el corazón de Dios, un corazón que muestra su misericordia, siempre, en cada etapa de la vida, y en cualquier condición en la que nos encontremos.

Pero, en la Biblia también encontramos una súplica al Señor: **“No me rechaces en el tiempo de mi vejez”** (Sal 71,9). Esta oración sálmica es una expresión fuerte, cruda, pero real, y pudiera decir, mucho más real en el mundo y en la sociedad de hoy. Sabemos que Dios es cercano siempre, pero también sabemos la realidad del hombre que tiene miedo al abandono, particularmente en la vejez y en el momento del dolor.

La herida de la soledad y del abandono, es una herida que la viven los abuelos y las personas mayores. **“Con mucha frecuencia la soledad es la amarga compañera de la vida de los que como nosotros son mayores y abuelos”**, nos dice Francisco en su mensaje, partiendo de su propia condición de persona mayor. Es una herida que no reconoce la dignidad infinita de toda persona **“más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre”** (Decl. Dignitas infinita, 1).





Esta herida de nuestra sociedad lleva a no reconocer el valor de cada uno y a pensar que los abuelos y personas mayores se convierten en una carga onerosa, en un estorbo y en un peso difícil de llevar y de tratar. Pero lo peor, es que esta herida puede hacer pensar a los mismos ancianos que son esa carga y se someten a esta mentalidad, llegando a considerarse como un peso, deseando ser los primeros en hacerse a un lado.

Es una herida que nos lleva a pasar del **“nosotros”** al **“yo”**. Nos metemos en una cultura individualista que afecta en primer lugar a la propia familia que debe ser, **“la primera y la más radical oposición a la idea de que podemos salvarnos solos”**, pero esto no sucede, la familia es una de las víctimas de esta cultura individualista y de la indiferencia. Esta es la herida, la herida de la soledad, del descarte, del mirar a otro lado, de pensar en el otro como una carga, como un estorbo. ¿Qué hacer ante esta realidad? ¿Cómo podemos sanar esta herida?

Francisco en su mensaje, partiendo del relato bíblico de Rut, nos da la respuesta. Rut le dice a su suegra Noemí: **“No insistas en que te abandone” (Rut 1,16)**. **“Rut nos enseña que a la súplica “¡no me abandones!” es posible responder “¡no te abandonaré!”**. **No duda en trastocar lo que parece una realidad inmutable, ¡vivir solos no puede ser la única alternativa!”**.



Creo que todos tenemos o conocemos a personas ancianas o abuelos. ¿Cuál es nuestra actitud con ellos? ¿Ellos nos lanzan el grito “no me abandones”? ¿Los hemos abandonado? Sanar esta herida del abandono a los mayores es un gran desafío. No debemos tener miedo de cambiar costumbres, actitudes e indiferencia frente a ellos.

Estamos todos llamados a imaginar un futuro distinto para nuestros ancianos. La cercanía es la mejor forma de sanar esta herida. En su mensaje, Francisco nos invita a ello: “... **estando cerca de los ancianos, reconociendo el papel insustituible que estos tienen en la familia, en la sociedad y en la Iglesia, también nosotros recibiremos muchos dones, muchas gracias, muchas bendiciones**”.

Esta cercanía debe ser permanente y debe manifestarse en muchas formas. Estamos llamados a la ternura con los abuelos y con las personas mayores de nuestras familias, no dejemos de visitarlos, de escucharlos, de repetir las cosas, aunque las hayamos dicho cien veces.



No dejemos de alentarlos y animarlos cuando estén desanimados, no dejemos de acompañarlos y atenderlos si están enfermos. Que nuestro corazón los haga sentir amados y a través nuestro sientan la ternura y la caricia de un Dios que los ama.

También los abuelos y las personas mayores no deben rendirse, no pueden caer en el desánimo ni sentirse menos. Recuerden ustedes, queridos hermanos, que son esas **“viejas piedras”** soporte de esta sociedad nueva.

Respondamos a la indiferencia, egoísmo y al descarte de esta sociedad de forma contundente con la fuerza de nuestro amor, de nuestro corazón. Digamos con valentía y decisión **“¡no te abandonaré!”** y emprendamos un camino diferente, el camino de una auténtica Fraternidad, **una Fraternidad** que nos lleve a **“sanar las heridas del mundo”**.

Unidos en el Señor de la Vida.

+ Alfredo José Espinoza Mateus, sdb
Arzobispo de Quito y Primado del Ecuador

Quito, 22 de julio de 2024